



No. 4 de la serie "Risa"
Acuarela sobre papel (25 x 17.5 cm)
2006

La perspectiva de los nuevos movimientos sociales en las obras de Sydney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci

New Social Movement's Perspective in Sydney Tarrow, Alain Touraine and Alberto Melucci

Sumario: Introducción. 1. La teoría del comportamiento colectivo. 2. La teoría de la movilización de recursos y la teoría de la oportunidad política. 3. La teoría de los nuevos movimientos sociales.

Resumen: Este artículo presenta la discusión en torno a los movimientos sociales a partir de autores como Sydney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci. Muestra que en la década del setenta emergieron movimientos sociales que no se correspondían ni con las características ni con los marcos interpretativos disponibles en la teoría de los movimientos sociales hasta ese momento (los modelos marxista y estructural-funcionalista). El artículo ofrece una descripción de las características principales de tres enfoques teóricos desde los cuales se abordan estos nuevos movimientos sociales: la teoría del comportamiento colectivo, la teoría de la movilización de recursos y de la oportunidad política y la teoría de los nuevos movimientos sociales.

Palabras clave: Movimientos sociales; Acción colectiva; Identidad colectiva.

Abstract: This article presents the discussion around social movements from the theories of Sydney Tarrow, Alain Touraine and Alberto Melucci. It shows how different social movements emerged in the seventies that which not correspond either with the features or the interpretative frameworks of the social movement theory models available at that moment (Marxists and Structural-Functionalist approaches). The article traces the main features of three theoretical approaches that deal with these new social movements: collective behavioral theory, resource mobilization and political opportunity theory, and the new social movement's theory.

Key words: Social movements; Collective action; Collective identity

Artículo recibido: noviembre de 2006. **Aprobado:** diciembre de 2006

Ayder Berrío Puerta: Licenciado en Filosofía. Estudiante de la séptima cohorte de la maestría en Ciencia Política del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

Correo electrónico: ayder.berrio@udea.edu.co

La perspectiva de los nuevos movimientos sociales en las obras de Sydney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci*

Ayder Berrío Puerta

Introducción

Los movimientos sociales constituyen un producto histórico de la modernidad y se acepta, por la mayor parte de los estudiosos en la materia, la idea según la cual estos se desarrollaron en un contexto caracterizado por nuevas comprensiones de la sociedad, que ofreció el marco adecuado para ciertas formas de protesta. En efecto, dado que el mundo sociopolítico se entendía cada vez más como una construcción social necesitada de legitimación y sujeta a crítica, la producción de diferentes ideologías se realizó tanto por parte de quienes mantenían o pretendían mantener el orden social, como por aquellos que estaban implicados en la constitución de uno nuevo. Cuando tales confrontaciones se expandieron, los participantes en las distintas modalidades se convirtieron, poco a poco, en agentes sociales “reflexivos” que generaron identidades colectivas y fueron capaces, cada vez más, de poner en marcha campañas duraderas, organizadas e incluso nacionales, en nombre de los distintos grupos en conflicto.

* Este artículo se deriva del seminario de Teoría Política I de la maestría en Ciencia Política, dirigido por el profesor Manuel Alberto Alonso en el semestre 2006 I, a quien agradezco su asesoría para la elaboración de este texto, que tiene una pretensión, ante todo, ilustrativa en torno a la temática de los nuevos movimientos sociales. De igual manera, quiero resaltar los aportes de la lectura del marco teórico de la tesis doctoral de la profesora Fernanda Schilman. “Convivir con el capital financiero, corralito y movimiento de ahorristas (Argentina 2001-2004)”. Barcelona, Universitat Rovira i Virgili, 2004 [documento en línea]. Disponible en: http://www.tdx.cesca.es/TESIS_URV/AVAILABLE/TDX-0603105-130435/3.marcoteorico.PDF.

Sin embargo, este acuerdo generalizado sobre el origen moderno de los movimientos sociales no implica su visión como algo homogéneo. Estos movimientos se han concretado en formas y niveles muy variados de organización, que van desde movimientos sociales formalmente organizados, hasta colectivos y grupos sociales más informales e, incluso, acciones colectivas con una escasa o nula organización. El punto clave en todo esto radica en que estas formas, cualquiera que fuese su nivel de organización, hicieron posible que en el interior de estos grupos y colectividades, se consiguiera algún grado de solidaridad interna, se generaran conflictos con los adversarios y se cuestionaran los límites del sistema. Esta dinámica permite a la mayor parte de los autores afirmar que los movimientos sociales han tenido un papel primordial en la constitución del mundo moderno.

En efecto, a partir de los años sesenta comienza una oleada de movimientos sociales (por ejemplo, los movimientos estudiantiles y ecologistas) que no encajaban exactamente con los que se habían producido antes (como el movimiento obrero), y que por esto mismo no podían ser estudiados con los recursos disponibles hasta ese momento en la teoría de los movimientos sociales.

Los movimientos sociales tradicionales se habían abordado analíticamente en términos de conflictos de clase, pero los nuevos movimientos sociales se resistían a tal conceptualización. Como afirma Mario Diani,¹ los movimientos que empezaron a surgir a partir de los años sesenta pusieron de manifiesto las dificultades que tenían para ser comprendidos por las dos principales corrientes sociológicas de la época: el modelo marxista y el modelo estructural-funcionalista. Un aspecto particularmente sorprendente fue que estas perspectivas tampoco podían explicar por qué se reactivaban los movimientos sobre todo en un momento que se caracterizaba, en la mayor parte de las sociedades occidentales, por un gran crecimiento económico y del bienestar social.

Las reacciones ante esta dificultad fueron distintas en Estados Unidos y Europa. En Estados Unidos, donde dominaba el modelo estructural-funcionalista, el estudio de los movimientos sociales se orientó hacia los mecanismos que explican cómo los distintos tipos de tensión estructural pasan al comportamiento colectivo o, en palabras de Alberto Melucci, se orientó hacia el *cómo* de la acción colectiva.² En este contexto aparecieron diferentes corrientes de estudio de los movimientos sociales, como el interaccionismo simbólico, orientado al estudio del comportamiento colectivo, la

1 Mario Diani. "The concept of social movement". *The Sociological Review*, 40(1), Chicago, 1992, p. 4.

2 Fernanda Schilman. *Op. cit.*, p. 32.

teoría de la elección racional y sus vertientes, la teoría de la movilización de recursos y los enfoques que enfatizan el proceso político como contexto de los movimientos sociales.

Por su parte, en Europa, donde dominaba la tradición marxista, las deficiencias para abordar el estudio de los movimientos sociales desembocaron en el desarrollo de la perspectiva de “los nuevos movimientos sociales”, interesada en analizar y entender las transformaciones producidas en la base estructural de los conflictos; como lo señala Melucci:³ se orientó al estudio del *por qué* de la acción colectiva.

A raíz de estas circunstancias aparece un nuevo tipo de explicación teórica de los movimientos sociales, explicación que abarca los planteamientos de tres autores “paradigmáticos” en la teoría de los movimientos sociales: Sydney Tarrow desde la tradición anglosajona y Alain Touraine y Alberto Melucci, desde la europea.

Siguiendo a Mario Diani,⁴ se destacan cuatro enfoques teóricos en relación con los movimientos sociales: la teoría del comportamiento colectivo (Smelser, Turner y Killian), la teoría de la movilización de recursos (McCarthy y Zald, McAdam, Tarrow), la teoría de la oportunidad política o del proceso político (Tilly) y la teoría de los nuevos movimientos sociales (Touraine, Melucci). A continuación se ofrecerá una corta descripción de los mismos:

1. La teoría del comportamiento colectivo

En el ámbito sociológico, esta perspectiva fue una respuesta a la preponderancia de los modelos estructural-funcionalistas en el estudio de los movimientos sociales. Las respuestas a estos planteamientos y los intentos de llenar los vacíos teóricos que contemplan han sido variados. El primero fue el que se desarrolló en el marco del llamado interaccionismo simbólico, centrado en una perspectiva que se basaba en el comportamiento colectivo y seguía sus postulados. En efecto, siguiendo a Diani, esta perspectiva afirma que los fenómenos colectivos no son simplemente el reflejo de una crisis social, sino más bien una actividad que apunta a la producción de nuevas normas y nuevas solidaridades.

La visión de los movimientos sociales como motor de cambios, principalmente en el ámbito de los sistemas de valores, comenzó con el trabajo de algunos autores de la Escuela de Chicago. En la perspectiva del interaccionismo simbólico, las

3 Alberto Melucci citado por: Enrique Laraña. *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid, Alianza, 1999, p. 275.

4 Mario Diani. *Op. cit.*, p. 7.

transformaciones sociales no eran vistas como elementos de tensión. Por el contrario, la aparición de nuevas y mayores organizaciones, el aumento de la movilidad de la población, el incremento de las innovaciones tecnológicas, la creciente importancia y desarrollo de los medios de comunicación de masas, la progresiva transformación —cuando no desaparición— de formas culturales tradicionales, etc., fueron considerados como condicionantes que llevan a las personas a buscar nuevos patrones de organización.

Ahora bien, la perspectiva construccionista en el estudio del comportamiento colectivo proviene del interaccionismo simbólico y, por consiguiente, enfatiza la importancia del significado que los actores sociales atribuyen a las estructuras sociales. Sin embargo, se diferencia de él en varios aspectos. El construccionismo se interesa más por los movimientos sociales que por otras formas de comportamiento colectivo e insiste en que cada aspecto de la acción colectiva puede entenderse como un proceso interactivo, definido simbólicamente y negociado entre los participantes, sus oponentes y los espectadores. Para esta perspectiva, cuanto menos estructurados se encuentren los contextos y las situaciones que afronta un individuo, más relevante es este proceso de producción simbólica. Así, pues, cuando los significados disponibles no proporcionan una base suficiente para la acción social, emergen nuevas normas sociales que definen la situación existente como “injusta” y que proporcionan justificaciones para la acción. En este sentido, el comportamiento colectivo es visto como una actividad que nace alejada de definiciones sociales preestablecidas y que, por tanto, se localiza en el exterior de las normas culturales y de las relaciones sociales promedio:

La convergencia teórica entre las perspectivas constructivistas [de las cuales hace parte el construccionismo] y la interaccionista clásica es fruto de las razones que sintetizo a continuación y que explican la persistente influencia de la segunda en esta área de la sociología. 1) La concepción del movimiento social como un proceso sujeto a continuos cambios y como un objeto de estudio en sí mismo, que no puede explicarse simplemente por las condiciones del contexto en que surge; 2) el énfasis en los procesos de definición colectiva de los problemas que motivan la participación en el movimiento; 3) la capacidad de los que siguen el enfoque clásico para revisar sus supuestos y adaptarlos a la cambiante situación de estas formas de acción colectiva, y para eludir la tendencia a calificar a los movimientos de racionales o irracionales en la que se ha centrado la crítica a este enfoque. Dicha topología distorsionaba la naturaleza de los movimientos, al diferenciar entre los que tienen lugar en las instituciones sociales y se consideraban normales, y aquellos fenómenos de comportamiento colectivo y divergente, en tanto que fenómenos de ruptura de las normas sociales y desestructuración social.⁵

5 Enrique Laraña. *Op. cit.*, pp. 81, 82.

Siguiendo esta perspectiva, el origen de los movimientos sociales reside en una situación de conflicto. Conflicto entre sistemas de valores diferentes o antagónicos, así como entre grupos dentro del sistema social. Los movimientos sociales serían, por tanto, una parte más, perfectamente identificable de la vida social. Cuando el sistema de normas tradicional ya no tiene eficacia, es inadecuado o incapaz de proporcionar un marco satisfactorio para el comportamiento, las personas se ven forzadas a cuestionar el orden social poniendo en marcha distintas acciones no conformistas o contrarias al sistema. Por consiguiente, un movimiento social se desarrolla cuando se extiende un sentimiento de insatisfacción, y las instituciones, por no ser suficientemente flexibles, son incapaces de responder al mismo.

Según Diani, se puede afirmar que la perspectiva construccionista ha contribuido de manera importante al desarrollo de los estudios sobre los movimientos sociales, puesto que ha ofrecido una descripción bastante satisfactoria de cuál es el tipo de conexión entre los procesos de nivel micro y los de nivel macro (por ejemplo la interacción, la construcción simbólica y la identidad) que se dan en cualquier movimiento social.

Ahora bien, a pesar de ello, la perspectiva construccionista ha recibido algunas críticas importantes. Por un lado, si bien los movimientos se definen como fenómenos intencionales, en muchas ocasiones ha interesado estudiar las dinámicas espontáneas, imprevisibles o inesperadas, más que los comportamientos y estrategias propiamente intencionales y organizadas. Por otro lado, al focalizarse en el análisis empírico del comportamiento, se realiza una descripción detallada de la realidad, pero quizá no se ha prestado mucha atención al origen estructural de los conflictos que se encuentran en la base de los movimientos sociales.

La teoría de la movilización de recursos, en tanto que enfoque de la acción colectiva como comportamiento racional, ha intentado subsanar el primer problema; por su parte, la teoría de los nuevos movimientos sociales ha intentado resolver el segundo, como se verá a continuación.

2. La teoría de la movilización de recursos y la teoría de la oportunidad política

La teoría de la movilización de recursos considera la movilización colectiva como una forma de acción racional: "Para la teoría de la movilización de recursos, los movimientos sociales son grupos racionalmente organizados que persiguen determinados fines y cuyo surgimiento depende de los recursos organizativos de que

disponen”.⁶ En este sentido, se opone tanto a la versión interaccionista-construccionista, como a las versiones estructural-funcionalistas, ya que la primera enfatiza el rol de los movimientos en la construcción de nuevos valores y significados, y las segundas ven los movimientos colectivos como actores irracionales, y la acción colectiva como producto del mal funcionamiento del sistema social o, más específicamente, de sus mecanismos para mantener la integración social. Esto implica que el funcionalismo entiende la acción colectiva como algo meramente residual, en forma de comportamiento reactivo que, al límite, es incapaz de desarrollar una estrategia racional.

La teoría de la movilización de recursos surge en Estados Unidos en los años setenta como un nuevo marco de análisis de los movimientos sociales y sus principales teóricos son Oberschall, Gamson, Tilly, McCarthy y Zald, entre otros. Los autores que se incluyen en esta escuela teórica, señala Enrique Laraña, no coinciden en sus conceptos, definiciones ni proposiciones, con lo cual resulta bastante engañoso agruparlos bajo un mismo título. Sin embargo, puede decirse que esta teoría desplaza la pregunta que sirve de fundamento para el análisis de los movimientos sociales, pues ya no se trata de preguntarse por qué se movilizan los grupos, sino de saber cómo se desencadena, cómo se desarrolla y cómo tiene éxito o fracasa la movilización.

El motivo de lo anterior es que, para este enfoque, las injusticias sufridas por un grupo social no son relevantes para explicar la emergencia de los movimientos sociales; lo relevante aquí son los procesos a partir de los cuales los recursos necesarios para la acción colectiva son efectivamente movilizados, y se pone especial atención a los procesos organizativos como elemento que estructura al grupo y reúne los recursos para la movilización. Esta teoría examina la variedad de recursos que deben ser movilizados, los vínculos entre los movimientos sociales y otros grupos, la dependencia de los movimientos respecto al apoyo externo con miras a su éxito y las tácticas usadas por las autoridades para controlar o incorporar a los movimientos. Cabe destacar que esta teoría se construye con una fuerte referencia a la teoría del economista Mancur Olson en su texto *La lógica de la acción colectiva*,⁷ y la mayor parte de los autores plantean que la teoría de la movilización de recursos asume el planteamiento de Olson, ya que los movimientos sociales proveen de bienes colectivos a las personas,⁸ por lo que es obvio que pocos individuos querrán, por sí

6 *Ibíd.*, p. 15.

7 Mancur Olson. *La lógica de la acción colectiva*, México, Limusa - Noriega Editores, 1992.

8 “Un bien común, colectivo o público se define aquí como cualquiera tal que, si una persona X, que forma parte de un grupo X...X...X..., lo consume, no puede serle negado a otros

solos, sufrir los costos de trabajar para obtenerlos. Por ello, la explicación de la conducta colectiva requiere una atención detallada a la selección de incentivos, mecanismos o estructuras que posibilitan el tránsito desde un colectivo amorfo de individuos a un grupo organizado para el cambio social.

En este orden de ideas, la principal preocupación no radica en dar respuesta a la cuestión de por qué los individuos participan en episodios de acción colectiva, sino en la eficacia con que las distintas organizaciones que conforman un movimiento social hacen uso de los recursos disponibles para la consecución de objetivos. Al respecto, estos teóricos proponen un modelo “multifuncional” de formación de movimientos que subraya la disponibilidad de recursos, la organización y las oportunidades políticas. Los recursos disponibles son el dato que adquiere centralidad explicativa al dar cuenta de la emergencia y el desarrollo de experiencias de la acción colectiva. A partir de la adquisición de nuevos recursos, o de la mejora de los disponibles, los grupos que son víctimas de una situación de injusticia se movilizan para plantear sus demandas sociales a la sociedad y a las autoridades.

Siguiendo a Laraña, en el trabajo de McCarthy y Zald las analogías económicas ya no se limitan a la explicación de las opciones individuales frente a las movilizaciones, sino que el léxico del mercado coloniza todas las dimensiones del movimiento social. Para estos autores, un movimiento social es un conjunto de opiniones y creencias en una población, que manifiesta preferencias con miras a cambiar algunos componentes de la estructura social. Esta noción económica remite a la imagen de una estructura difusa de demandas, de expectativas de cambio social que precisan de agentes promotores para cristalizar una movilización. Las organizaciones de los movimientos sociales aparecen como equivalente funcional de la empresa comercial en el mercado: una organización que identifica sus objetivos con los fines de un movimiento social o con los del contramovimiento y trata de alcanzar esos objetivos.

En esta misma línea, y señalando el disfrute de una estructura de oportunidades políticas favorable, autores como Sydney Tarrow, trabajan este concepto. Para él, dicho concepto presenta tres dimensiones: el grado de apertura/clausura del acceso político formal, el grado de estabilidad/inestabilidad de las preferencias políticas, y la disponibilidad y posición estratégica de los potenciales socios o aliados:

membros de ese grupo. Dicho de otro modo, aquellos que no compran o no pagan alguno de los bienes públicos o colectivos no pueden ser excluidos o impedidos de participar en el consumo de ese bien, como sí pueden serlo cuando se trata de bienes no colectivos. [...] Una característica esencial de la organización es que proporciona un beneficio inseparable y generalizado, de donde resulta que la provisión de bienes públicos o colectivos es la función fundamental de las organizaciones en general”. *Ibíd.*, pp. 24, 26.

Al hablar de estructura de las oportunidades políticas, me refiero a dimensiones consistentes (aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales) del entorno político, que fomentan o desintegran la acción colectiva entre la gente [...]. Los movimientos sociales se forman cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las élites y las autoridades.⁹

Por su parte, McAdam, McCarthy y Zald ponen de relieve tres tipos de condiciones sociales que la teoría de la movilización de recursos ha explorado para pronosticar el desarrollo de un movimiento: a) condiciones políticas (como las oportunidades que brinda la coyuntura política); b) condiciones económicas (la prosperidad material brinda variedad de recursos movilizables para la acción colectiva), y c) las condiciones organizacionales (como la existencia de organizaciones en un movimiento social).¹⁰

Los autores que centran sus análisis en el primer grupo, conforman la teoría del proceso político o de las oportunidades políticas. Las bases teóricas de esta perspectiva son bastante recientes y consideran, básicamente, que el Estado constituye una variable explicativa del acontecer social, político, económico; es decir, el Estado contribuye a marcar las pautas de las relaciones sociales y políticas al influir en el modo de acción de los actores de la sociedad civil, por lo que corresponde al estudioso de la política explorar la estructura y las actividades del Estado en relación con ellas. Para estos autores, la estructura de oportunidades políticas:

Influye en la decisión de un movimiento para movilizarse (el “cuando” de la acción colectiva, según Tarrow), [en] la elección de estrategia, la forma organizativa adoptada, la escala de movilización y el impacto de los movimientos en sus contextos sociopolíticos. En todos estos aspectos mencionados, lo que podríamos denominar el carácter del sistema político, ejerce una notable influencia en los movimientos sociales.¹¹

En los trabajos presentados por estos teóricos se destaca el interés por el estudio de la interacción entre los movimientos sociales y la política institucionalizada. Los estudiosos norteamericanos explican el surgimiento de movimientos sociales concretos con base en los cambios en la estructura institucional o en las relaciones informales de poder de un sistema político nacional dado. Siguiendo a Laraña,

9 Sydney Tarrow. *El poder en movimiento*. Madrid, Alianza, 1996, p. 49.

10 Véase: Fernanda Schilman. *Op. cit.*, p. 97.

11 Enrique Laraña. *Op. cit.*, pp. 246, 247.

Charles Tilly considera que para reconocer el espacio de los conflictos políticos se necesita de dos definiciones cruciales: a) las reivindicaciones que consisten en declarar determinadas preferencias respecto al comportamiento de otros actores que incluyen demandas, ataques, peticiones, súplicas, muestras de apoyo u oposición y declaraciones de compromiso; y b) un gobierno es una organización que controla el principal medio concentrado de coerción dentro de un territorio importante.¹²

Por ello, para Tilly, los movimientos sociales “reales” consisten en interacciones prolongadas entre las autoridades y sus antagonistas. En los movimientos sociales, diversos oponentes tratan de crear un actor coherente, por lo menos en apariencia. Más aún, los movimientos sociales reales siempre implican una “conversación simbólica” restringida entre múltiples actores, en la cual la habilidad para desplegar símbolos y expresiones afecta significativamente al surgimiento de la interacción. El conflicto político, para Tilly, abarca revoluciones, rebeliones, guerras, conflictos étnicos, movimientos sociales, genocidios, campañas electorales, la mayoría de las huelgas y cierres patronales, parodias públicas y demás formas de interacción. El cambio social no es un proceso general, sino un término que engloba procesos muy diferentes entre sí, y añade que las teorías de los estadios del cambio social presumen una coherencia interna y una normalización de las experiencias que desaparecen con sólo observar la vida social real.

El concepto de *oportunidad política* se utiliza en McAdam¹³ para explicar principalmente dos variables dependientes: el punto temporal, en el que surge la acción colectiva, y los resultados obtenidos por el movimiento. En esta misma línea, un concepto relevante desarrollado por Tilly en relación con el punto temporal es el de *repertorios de la acción colectiva*, definidos como los canales establecidos para que pares de actores efectúen y reciban reivindicaciones que afecten sus respectivos intereses.

12 “Tilly afirmaba que el desarrollo de los movimientos sociales nacionales era concomitante y mutuamente interdependiente del aumento de los Estados nacionales consolidados [...], por lo que no podían ser estudiados más que en conexión con la política, y su estrategia, su estructura y su éxito variarían en función de los diferentes tipos de Estado”. Sydney Tarrow. *Op. cit.*, p. 43.

13 McAdam, a partir de las diferentes caracterizaciones, establece que las dimensiones de la oportunidad política comprenden los siguientes puntos: a) el grado de apertura relativa del sistema político institucionalizado; b) la estabilidad o inestabilidad de las alineaciones entre las élites, alineaciones que ejercen una influencia en el ámbito de lo político; c) la presencia o ausencia de aliados entre las élites, y d) la capacidad del Estado y su propensión a la represión. Enrique Laraña. *Op. cit.*, p. 248.

Según Tarrow, “la gente participa en acciones colectivas como respuesta a un cambio en la pauta de las oportunidades y restricciones políticas y, mediante el uso estratégico de la acción colectiva, genera nuevas oportunidades, que serán aprovechadas por otros en ciclos de protesta cada vez mayores”.¹⁴ Al hablar de oportunidades políticas, como se anotó antes, Tarrow se refiere a dimensiones consistentes del entorno político que fomentan la acción colectiva entre la gente. Cuando habla de restricciones políticas alude a aquellos factores que desincentivan dicha acción. Como resultado, el término “estructura de oportunidades políticas” no debería entenderse como un modelo fijo que produce inevitablemente movimientos sociales, sino como una serie de claves para prever cuándo surgirá la acción colectiva, poniendo en marcha una cadena de acontecimientos que pueda, finalmente, conducir a una relación mantenida con las autoridades y, por tanto, a los movimientos sociales.

El concepto de oportunidad política pone el énfasis en los recursos que pueden ser explotados incluso por luchadores débiles o desorganizados (al contrario que el dinero o el poder), pero que de ningún modo les pertenecen. Con base en el concepto de oportunidad política, Tarrow definirá “los movimientos sociales” como: “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades”.¹⁵

Como se ha dicho, las explicaciones dadas por la teoría de la movilización de los recursos no pueden generalizarse, dado que sus autores difieren en el núcleo explicativo del surgimiento, evolución y desarrollo de los movimientos sociales. Algunos proponen explicar el surgimiento o existencia de los movimientos sociales a partir de la disponibilidad de oportunidades al alcance de los “contestatarios”; otros, a partir de la existencia de organizaciones que actúan como portadoras de los esfuerzos de cambio social, y otros más hacen referencia a los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción. Pero en su núcleo argumentativo, consideran algunos autores, las diversas variantes o escuelas de la teoría de la movilización no han roto con la teoría de la elección racional. De hecho, como se anotó antes, la mayor parte de sus planteamientos se construyen bajo una mirada crítica del trabajo de Mancur Olson.

3. La teoría de los nuevos movimientos sociales

Parafraseando a Mario Diani en su artículo “The concept of social movement”,¹⁶ los nuevos movimientos sociales obedecen a nuevos conflictos sociales. Se usa la

14 *Ibíd.*, p. 46.

15 *Ibíd.*, p. 26.

16 Mario Diani. *Op. cit.*, p. 8.

expresión “nuevos movimientos sociales” para referirse a un amplio conjunto de acciones colectivas que no han podido ser entendidas ni analizadas por las perspectivas teóricas anteriores, y más específicamente, por las formas de enfocar el que, hasta entonces, era el prototipo del movimiento social, es decir, el movimiento obrero. Estas teorías constituyen la respuesta que en Europa las ciencias sociales han ofrecido a la aparición de los movimientos sociales desde los años sesenta y setenta y, de algún modo, vienen a ser una respuesta a los enfoques predominantes en Estados Unidos. En este sentido, estas nuevas teorías de los nuevos movimientos sociales abandonan el marxismo como marco privilegiado de comprensión de los movimientos sociales y la transformación social, y apuntan más hacia otras lógicas de acción basadas en la política, la ideología y la cultura, y otras fuentes de identidad como la etnicidad, el género o la sexualidad, que consideran bases de acción colectiva.

Para la teoría de los nuevos movimientos sociales, los modelos marxistas se enfrentan a múltiples problemas cuando necesitan explicar los movimientos sociales que han emergido desde los acontecimientos de mayo del 68. Las razones son múltiples. En primer lugar, las transformaciones económicas y sociales que se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial cuestionaron la importancia fundamental del conflicto trabajo-capital. Por ejemplo, el acceso generalizado de la población a la educación o la entrada de la mujer en el mundo del trabajo han creado nuevas situaciones y generado cambios profundos cuyos efectos hacen variar considerablemente las posibilidades estructurales del conflicto; asimismo, han incrementado la relevancia de los criterios de estratificación social —como por ejemplo el género— que no están basados en el control de los recursos económicos.

En segundo lugar, los problemas a los que se enfrentó la perspectiva marxista no sólo estaban relacionados con las dudas de la existencia continuada de la clase trabajadora en la sociedad postindustrial, sino que también tenían alguna relación con su propia lógica explicativa. Para el marxismo, la evolución social constituye una idea central y los conflictos políticos están condicionados por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por la dinámica de las relaciones de clase. Sin embargo, esta idea se comenzaba a cuestionar, pues no permitía entender los cambios tal y como se estaban produciendo. En resumen, poco a poco se generalizó la idea de que el conflicto entre las clases industriales estaba perdiendo importancia y que la representación de los movimientos como sujetos ampliamente homogéneos ya no era factible. Sin embargo, existían diferencias en el énfasis que se ponía en la posibilidad de identificar cuál o cuáles serían los nuevos conflictos cruciales que se estaban produciendo en la sociedad emergente.

Alain Touraine es, quizá, el exponente más importante de esta aproximación, así como el que de manera más explícita sostuvo esta posición. En efecto, para él, los movimientos sociales no son rechazos marginales del orden, sino fuerzas centrales que combaten unas contra otras para controlar la producción de la sociedad y regular la acción de las clases para la formación de la “historicidad”. En la sociedad industrial, la clase dominante y la clase popular se contraponen, como sucede en las sociedades agrarias y mercantiles. Sin embargo, Touraine sostiene que también lo harían en una nueva sociedad, donde nuevas clases sociales sustituirían a la clase capitalista y trabajadora como actores centrales del conflicto¹⁷.

En Touraine “la historicidad” como campo de acción es “acción de actores históricos” (sujetos), y depende, a su vez, del poder de dominación de que dispone cada uno de ellos. Esto explica la transición de un tipo de sociedad a otro; transiciones marcadas por la actividad de sujetos históricos (movimientos sociales) y definida como acción organizada con el fin de controlar el proceso de tránsito de un tipo social a otro. En este proceso se constituyen las clases sociales, definidas, según Touraine, por la apropiación (clase dominante) y reapropiación (clase dominada) colectiva de la historicidad. En torno de la lucha por el control de la historicidad, las relaciones de clase se transforman en luchas sociales concretas por el control de la dirección social de la historicidad en el seno de una sociedad determinada.¹⁸

La capacidad de acción de la sociedad sobre sí misma, su producción por sí misma y su división en clases, son caras de la misma moneda, concluye Touraine. Los movimientos sociales representan, así, una acción de clase, una acción orientada culturalmente puesto que los actores (los movimientos sociales) interactúan y entran en conflicto en el seno de un modelo ético y el hecho de interactuar incluye una

17 Quienes denuncian los peligros de la acción estratégica, la presión del mercado, y sobre todo quienes demonizan la técnica, se ven obligados a exaltar la fuerza integradora de la comunidad, el pueblo, la raza o la secta. Del mismo modo, quienes no denuncian más que el espíritu comunitario o el multiculturalismo extremo de lo *politically correct* tienden a reducir la vida individual a la aceptación de las reglas del mercado. La desmodernización hace evidente lo que la modernización ya nos había enseñado, a saber, que no hay respuesta individual o colectiva positiva que no consista en la combinación de exigencias contrarias, combinación que nunca puede llegar hasta la síntesis y la superación anheladas por el pensamiento dialéctico, porque es el trabajo mediante el cual el individuo se recompone y transforma en sujeto, al superar la apertura de los mercados y la clausura de una comunidad. Véase: Alain Touraine. *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 72.

18 Véase: Fernanda Schilman. *Op. cit.*, p. 170.

dimensión de poder, ya que los actores están definidos por su relación con el poder. El análisis del “modelo ético” en Touraine permite distinguir tres sistemas de acción: sistema institucional, sistema organizacional y sistema de acción histórica.

En palabras de Touraine, estos tres sistemas están mediados por las relaciones de clase (de poder) que caracterizan el tipo de sociedad en la que se sitúan organizaciones e instituciones; dominación que apunta a las relaciones de clase en un tipo de sociedad y que implica, necesariamente, evolución histórica y cambio social. Las relaciones de clase también permiten definir la sociedad como un sistema capaz de producir sus propias orientaciones normativas, en lugar de recibirlas de un orden o de un movimiento que las trasciende.

La pregunta aquí será: ¿cuál es la orientación de los nuevos movimientos sociales en la denominada “sociedad programada” que ha radicalizado nuestra imagen de la modernidad? Touraine explica que para que se formen nuevos actores sociales es necesario que se reconozca la existencia de un nuevo tipo de sociedad. La ideología dominante representa el mundo como un conjunto de flujos incontrollables, en permanente transformación, lo que conduce a juzgar imposible la constitución de nuevos movimientos sociales, e incluso toda acción reformadora. La acción colectiva, al contrario, se basa en la voluntad de cada individuo, grupo o nación, de actuar sobre los hechos económicos, construir y transformar su identidad e integración y defender un ideal de solidaridad. Ya no se trata de conservar un orden social sino de crear las condiciones sociales que protejan la libertad personal y la diversidad cultural, así como de resistirse a la “utopía” de un mundo transportado por un movimiento perpetuo hacia el aumento cada vez más rápido del consumo y las comunicaciones; sociedad más moderna que las anteriores, y que ha roto con toda atadura asociada con las visiones naturalistas de la sociedad, las filosofías de la historia y todas las formas de “sociocentrismo”. Además, Touraine va a rechazar las ilusiones de las “sociologías de la esperanza”, lo mismo que las de las “ideologías del orden”.

De esta manera, Touraine concibe la sociedad sobre la libertad del sujeto, y no sobre un bien común o un interés general, que no son más que “máscaras del poder”. Al respecto, distingue tres épocas en la modernidad: la época de la alta modernidad, que se organizó en torno de categorías políticas como la noción de ciudadanía; la época de modernidad media, que se organizó alrededor de categorías económicas o clases sociales, y la modernidad tardía, en la cual:

[...] las ideologías políticas se agotan o degeneran, al punto que se valieron de ellas los regímenes totalitarios. Los debates económicos se profesionalizan a tal extremo que la gestión del Estado apenas parece ya diferente de la de las empresas privadas (tecnocracia): en ambos lados hay que adaptarse a una competencia mundial y a transformaciones tecnológicas aceleradas. A la inversa, son los problemas de la vida privada los que alimentan los grandes debates públicos.

El tema del sujeto, sobre el que se asientan las reivindicaciones éticas, sustituyó al de las clases, como éste había reemplazado al de la nación.¹⁹

Según Touraine, la vinculación que une al sujeto y al movimiento social se establece a partir de la sociedad civil; esta noción designa la relación de las acciones colectivas emprendidas a favor de la liberación de los actores sociales y contra el funcionamiento de una economía dominada por la ganancia y “la voluntad política de dominación”. Contra estos dos sistemas de poder, todas las figuras del sujeto procuran crear un espacio autónomo e intermedio. Aparte, los movimientos sociales, cualquiera sea su especie, contienen en sí mismos una aspiración democrática: procuran dar la palabra a quienes no la tienen y hacerlos partícipes en la formación de las decisiones políticas y económicas, mientras que las acciones revolucionarias siempre sueñan con la purificación social, política, étnica o cultural, una sociedad unificada y transparente, la creación de un hombre nuevo y la eliminación de todo lo que es contrario a una unanimidad, que muy pronto no tendrá otra razón de ser que desembocar en un poder totalitario.

Touraine concibe, por tanto, que el análisis del sujeto y de los movimientos sociales —lo mismo que el de la racionalización— no constituye el punto nodal sino la base, el punto de partida del análisis social y la sociología:

La experiencia del Sujeto no sitúa ya al individuo fuera del mundo. No se traduce por la fusión en un sentido venido del más allá o en lo social mismo. Está asociada a la esperanza que es distanciamiento, alejamiento, pero que también es expectativa de posesión. Movimiento concreto de alegría hacia una felicidad difícil más que imposible, la esperanza combina alegría y felicidad, o más bien tiende sus fuerzas entre un movimiento y un goce.²⁰

La ventaja de esta perspectiva se da en su intento por identificar los lazos entre las nuevas estructuras sociales y las nuevas formas de acción colectiva. Pero su dificultad se encuentra en aclarar qué se entiende por “nuevo”, puesto que no piensan lo mismo Touraine, Melucci, Habermas, Beck o Bauman, entre otros. En cualquier caso, esta aproximación hace una aportación en dos sentidos. Primero, presta atención a los determinantes estructurales de la protesta, reevaluando la importancia del conflicto, con lo que mantiene viva la importancia de uno de los elementos centrales de todo movimiento social. Segundo, confiere mayor importancia al sujeto y tiene la habilidad de capturar las características innovadoras de los movimientos,

19 Véase: Alain Touraine. *Op. cit.*, p. 157.

20 Alain Touraine. *Crítica de la modernidad*. Madrid, Temas de Hoy, 1993, p. 373.

que ya no se pueden definir en relación con el sistema de producción, tal como se haría desde una perspectiva marxista.

Indudablemente, la perspectiva de los nuevos movimientos sociales también ha recibido críticas. No obstante, Alberto Melucci —una de las figuras más representativas de este planteamiento— ha indicado que el concepto de “nuevos movimientos sociales” sólo constituye un instrumento fluido para explorar las nuevas formas de protesta. Algunos autores consideran que esta perspectiva deja sin resolver la incógnita sobre qué mecanismos específicos llevan del conflicto a la acción. Sin embargo, esta crítica se ve contestada perfectamente por el trabajo del propio Melucci que, precisamente, ofrece con detalle cuáles podrían ser estos mecanismos, muy especialmente en los procesos de identidad colectiva y en los de generación colectiva de conocimiento y significado de la situación.²¹

Según Melucci, la aparición de movimientos sociales contemporáneos está relacionada con el paso de la “sociedad industrial” a la “sociedad compleja” y/o “postmaterial”, en la que los individuos ya no disponen de anclajes referenciales sólidos y permanentes que posibiliten una definición simple de la existencia de una

21 “Nuestra sociedad ha extendido los mecanismos de control social desde el ámbito de la naturaleza hasta el de las relaciones sociales y la misma estructura del individuo [su personalidad individual, su inconsciente y su identidad biológica y sexual]. [...] Para Melucci, [...] el surgimiento de una sociedad de la información hace que los principios por los que se organiza la producción se extiendan a relaciones sociales que antes pertenecían al ámbito de lo privado e incidan con fuerza en la identidad individual. Las fronteras entre los ámbitos público y privado se diluyen, porque la información se convierte en el recurso estratégico tanto para la subsistencia de la sociedad, como para el desarrollo de la identidad individual. El surgimiento de la sociedad de la información genera cambios en los conflictos sociales: ‘El movimiento por la reapropiación de los recursos desplaza su lucha a un nuevo territorio. La identidad personal y social de los individuos progresivamente se percibe como un producto de la acción social’ [...], y la reivindicación de la identidad personal sustituye a la centrada en la propiedad de los medios de producción en los movimientos clásicos. [...] Para Melucci, la extensión del sistema de control social se manifiesta en la creciente regulación y manipulación de una serie de aspectos de la vida que eran tradicionalmente considerados privados (el cuerpo, la sexualidad, las relaciones afectivas), subjetivos (procesos cognitivos y emocionales, motivos, deseos) e incluso biológicos (la estructura del cerebro, el código genético, la capacidad reproductora). [...] Estos campos son progresivamente invadidos y regulados por el ‘aparato tecnocientífico’, las agencias de información y comunicación y los centros de decisión política. Ello motiva las demandas de autonomía que impulsan a los movimientos

identidad de clase. Por otra parte, plantea lo poco que se sabe de la actual sociedad, como quiera que se la denomine: “sociedad de la información”, “sociedad compleja”, entre otras. Sin embargo, con base en los trabajos empíricos especifica las siguientes características: en primer lugar, en las actuales sociedades la información se está convirtiendo en un recurso importante, es decir, “la proporción de lo que está ‘construido’ o ‘mediatizado’ tiende a aumentar considerablemente en comparación con la realidad que se experimenta directamente”; en segundo lugar, se da la “planetización” del sistema, línea tras la cual no hay espacio posible porque el sistema se ha convertido en un único espacio planetario en el que los problemas que puedan surgir en lugares determinados son, no obstante, globalmente interdependientes, pues afectan al resto del sistema. El tercer lugar tiene que ver con la naturaleza misma de la información como recurso; y como cuarto lugar, puede decirse que la información no existe como recurso independiente de la habilidad humana para percibirla, procesarla y ampliarla. De ahí la necesidad de ejercer control sobre los códigos que permiten la comunicación en la sociedad.

Enrique Laraña argumenta que, para Melucci:

Las ideas de los movimientos sociales contemporáneos tienen carácter alternativo porque desafían la lógica de significación prevaleciente en la sociedad, como consecuencia de dos aspectos relacionados entre sí: a) la interacción en las organizaciones y redes de los movimientos, las cuales actúan como laboratorios sociales donde se experimentan nuevos marcos de significados y pautas de relación social; b) la importancia que adquiere una forma distinta de organizar su acción o el carácter autorreferencial de los movimientos. Y una de las aportaciones más interesantes de Melucci consiste en establecer la relación entre ambos aspectos porque ello ilumina la relación de congruencia entre los medios y los fines que suele caracterizar a los movimientos sociales contemporáneos [...]. Esa relación nos permite diferenciarlas de los movimientos clásicos, así como de los partidos

sociales: como reacción de resistencia a ese proceso de expansión de los sistemas de control social, los movimientos reivindican nuevos espacios sociales ‘en los que sus seguidores se autorrealizan y construyen el significado de lo que son y lo que hacen’. Estos espacios se construyen en grupos informales y redes interpersonales cuando el movimiento se halla en un período de latencia y todavía no ha entrado en conflicto con las instituciones sociales, [...] pero estos espacios no son una especie de reductos marginales apartados del sistema, como plantea la aproximación convencional a los movimientos sociales. Estos espacios hacen posible la construcción de la identidad colectiva de un movimiento, de la cual depende su potencial de reflexividad para difundir nuevas ideas en la sociedad, incidir en la vida pública y producir conflictos sociales difíciles de resolver por las instituciones públicas”. Enrique Laraña. *Op. cit.*, pp. 156-159.

políticos, los sindicatos y de algunos movimientos nacionalistas. En los movimientos contemporáneos, las estructuras organizativas dejan de ser un instrumento para realizar sus metas y pasan a ser metas en sí mismas, debido a la importancia que adquieren los procesos de individualización y autorrealización de sus seguidores.²²

Como se anotó, la información es un recurso que no se encuentra distribuido por igual en la sociedad, lo que origina un nuevo nivel de “diferenciación” social y de desigualdad social, que pone de manifiesto la estructura de la dominación en las sociedades complejas. Pero la información se encuentra potencialmente disponible y abierta a todos los individuos, lo cual les posibilita percibirse como individuos, esto es, como un ser social diferenciado. Melucci afirma que debe haber recursos distribuidos socialmente para que los individuos puedan funcionar como individuos, como “terminales” para estas redes de información. Para que la información sea un recurso, los componentes del sistema representados por individuos, con su cerebro, motivaciones, sentimientos y emociones, deben mantenerse a sí mismos, dirigirse a sí mismos. Por tanto, la sociedad debe ser capaz de individualizar.

Siguiendo el análisis de Laraña, los conflictos en la sociedad contemporánea están relacionados con este profundo nivel individual donde se forma el sentido y sobre el que se extienden nuevas formas de dominación. No se trata de un nivel psicológico, sino de un nivel “estructural” de la vida social, cada vez más localizado en la experiencia interior de los individuos.

Para que un individuo se piense a sí mismo como “sujeto autónomo de acción” es preciso que utilice sus capacidades cognitivas, emocionales y corporales. En este sentido, los procesos de autonomización y control afectan al nivel más profundo de constitución del sujeto hasta convertirse en un problema social. En definitiva, la nueva cuestión social deriva del hecho de que los conflictos se desplazan del sistema económico-industrial hacia el ámbito cultural y, concretamente, se centran en la identidad personal, el tiempo y el espacio de vida, la motivación y los códigos del actuar cotidiano.

Los conflictos, por otra parte, ponen al desnudo la lógica que se está imponiendo en sistemas muy diferenciados. Estos últimos:

[asignan] un creciente número de recursos a los individuos, con los que estos se convierten en centros autónomos de acción; pero los sistemas también precisan cada vez de mayor integración social. Para mantenerse, deben ampliar su capacidad de control hasta la motivación más profunda de la acción y a través de la

22 *Ibid.*, p. 90.

intervención en los procesos de construcción del sentido. Los conflictos contemporáneos revelan estas contradicciones al situar en primera línea a actores y formas de acción que no corresponden a las categorías convencionales del conflicto industrial o de la competencia entre grupos de interés. La pugna por la producción y reapropiación del significado parece constituir el núcleo central de estos conflictos contemporáneos; y ello implica una cuidadosa redefinición de lo que es un movimiento social y sus formas de acción.²³

23 Alberto Melucci citado en: *Ibíd.*, p. 202.